

Y que además le obligue  
Su Casa á demoler sin más recurso;  
Pero el Califa le responde: injusta  
Fuera tal orden, además de adusta,  
Cuando ese Obrero, si lo ves despacio,  
No hace más, en el hecho que te extraña,  
Sino amar delirante su Cabaña,  
Como deliro yo con mi Palacio.  
Quede su Casa en pié; pero de modo  
Que renovada á mis expensas sea,  
Para que así se vea  
Cómo un Califa lo concilia todo.  
Yo no quiero jamás que mi memoria,  
Manchada pase á la futura historia  
Con violencia alguna,  
Sino que adquiriera perdurable gloria  
Al tiempo superior y á la fortuna,  
Enlazando el recuerdo de mi nombre  
Con el de ese infeliz y pobre hombre.  
Así las gentes con placer y gusto  
Nombrarán siempre á su Califa augusto;  
Y sin que voz alguna se desmande,  
Viendo el Palacio, exclamarán: *fué grandel!*  
Viendo la Choza, añadirán: *fué justo!*

LIBRO CUARTO.

FABULA LXXVI.

LA YEGUA Y EL ASNO.

Una Yegua tiene  
El Señor Don Cleto,  
Y además un Asno  
De ella compañero.

La Yegua está ociosa—  
Casi todo el tiempo,  
Pues la tiene el Amo  
Solo por recreo.



El Borrico en cambio  
Suda como un Negro,  
Cargas y más cargas  
Sin cesar sufriendo.

Alegrita aquella,  
Vé el pesebre lleno,  
La mejor cebada  
Sin cesar comiendo;

Y entretanto el Burro,  
Aunque más hambriento,  
Solo paja y mala  
Tiene á medio pienso.

Con razon mohíno,  
Dice el Asno: «veo  
Que el que más trabaja  
Engulle aquí menos.»

— «Es verdad, responde  
Su Señor y Dueño;  
Pero tal percance  
¿Qué tiene de nuevo?

A mil Empleados  
Les pasa lo mesmo:  
Cuanto más trabajan,  
Cobran menos sueldo.»

LOS CAPRICHOS DE LA SUERTE

A una pobre Mujer en Castilla

Le costaron un día las orejas

Dos Tornos insolentes;

Y al otro día de tan triste lance

Se le murió una Tía en distancia

Y heredó cuatro pares de pendientes

Oh Suerte, qué mil veces caprichosa

Muevas enmas, dadas como sueltas

Al que no tiene ya dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas

Y a la que no tiene ya ni dientes ni muelas



FABULA LXXVII.

LOS CAPRICHOS DE LA SUERTE.

---

A una pobre Mujer en Canillejas  
Le cortaron un dia las orejas  
Dos Tunos insolentes;  
Y al otro dia de tan triste lance  
Se le murió una Tia en Bujalance,  
Y heredó cuatro pares de pendientes.—

*Oh Suerte! ¡cuántas veces caprichosa  
Magras envías, duras como suelas,  
Al que no tiene ya dientes ni muelas!*

---

FABULA LXXVIII.

EL DORMILON:

*idea tomada de una anécdota anónima.*

---

*Cuando arguyas, vé con tiento,  
Pues aunque fuere novel  
De tu adversario el talento,  
Si te vuelve el argumento,  
Puede aplastarte con él.*

Dormilon era sin par  
El Niño de Don Gaspar,  
Y aqueste, tomando á pecho  
Hacerle saltar del lecho,  
Así comenzóle á hablar:

«Por madrugar Andresico,  
Ya sabes que se encontró  
Un bolsillo de oro rico.»—  
—«Más madrugó, dijo el Chico,  
El Dueño que lo perdió.»—



Esto dicho, el tal compadre  
Envolvióse en sus tapices,  
No sin reírse su Madre,  
Quedándose el pobre Padre  
Con un palmo de narices.

FABULA LXXIX.

LAS ECONOMÍAS.

Un Quidam que mil Bichos mantenía,  
Vióse apurado en lo tocante á darles  
La espléndida racion que antes solía,  
Por haber sucedido  
Al buen tiempo hasta entonces trascurrido  
Un año de escasez y carestía.  
Dejó, pues, sus Canarios y Gorriones  
Sin alpiste, sin trigo y cañamones,  
Sin cordilla á los Gatos,  
Y á los Perros sin pan, llenos de duelo,  
Permitiéndoles solo por consuelo  
Lamer un poco los vacíos platos.  
Con esto, el muy belitre  
Quitó hasta á las paredes el salitre,  
Para aumentarle su racion á un Mono  
Que tenía al balcon dándose tono,  
Y eso que el tal comía como un Buitre.—

*De esas Economias  
Veo muchas, Lector, todos los dias:  
El dónde, lo reservo en mi pupitre.*



FABULA LXXX.

LAS MONADAS DE UNA MONA.

Á MI MUY QUERIDO HERMANO POLÍTICO  
DON RAMON DE SATORRES.

*Cónsul de España en Cette.*

*Aunque todos hablar suelen del chiste,  
Nadie sabe decir en qué consiste;  
Pero todos conocen al momento  
Qué chiste es de buen tono ó de mal tono,  
Aun sin tener, RAMON, tu buen talento.  
Mucha cordura exige y mucho tiento  
Tal terreno pisar, donde con suma  
Facilidad resbala  
El que más de donaires hace gala,  
Ora recurra al lábio, ora á la pluma.  
Escritores existen,  
Que de tanto gracejo se revisten  
Y de manera tal la broma entienden,  
Que á todos contentando, á nadie ofenden;  
Mas no en todos el éxito corona*

*Ciertas gracias de Mona bellacona  
Con que el favor del Público mendigan,  
O sinó, que lo digan  
Las siguientes MONADAS DE MI MONA.*

Cercada de Animalias  
Que la miraban riendo,  
Estaba una Mona haciendo  
*Trescientas mil monerías.*

El verso es de Calderon,  
Y eso los míos abona,  
Porque ¿quién pinta á la Mona  
Cual la pinta ese renglon?

Por eso un Autor de tono  
Dice (palabras copiadas)  
Que si el Mono hace monadas,  
Eso consiste en que es Mono.

Luego es á mí parecer  
Verdad clara como el dia,  
Que siendo Mona la mia,  
Monadas debia hacer.



Los Animales que he dicho  
Eran un Leon, un Pavó,  
Un Raposo, ya sin rabo,  
Y una Culebra, mal bicho.

Habia además allí  
Un Elefante, un Cabron,  
Un Perro, un Gato, un Raton,  
Un Toro y un Jabali.

De su solo gusto esclavos  
Y de contento beodos,  
Mirando á la Mona todos,  
Todos parecían Pavos.

La razon era sencilla,  
Porque la Mona en cuestion  
Llamaba tal la atencion,  
Que rayaba en maravilla.

Aplaudida hasta no más,  
Hizo á todos reverenciá,  
Mostrándoles (con licencia)  
La calva que lleva atrás.

Luego comenzó á rascarse,  
Y luego enseñó los dientes,

Y de árboles diferentes  
Pasó luego á columpiarse.

Tras esto, cojió el cencerro  
Que el Cabron, segun es uso,  
Llevaba al cuello, y lo puso,  
Colgado del suyo, al Perro.

Celebrada la ocurrencia,  
Montó en el Perro despues,  
Trotando en él al través,  
De toda la concurrencia.

Luego, tomando un lanzon,  
No sé si de turco ó moro.  
Dijo al Raton: *¡entre el Toro!*  
Y arremetió hácia el Raton.

Huyendo a queste al instante,  
Ella, que á su alcance va,  
Le tira su lanza, y da  
En la trompa al Elefante.

Traerle pudo desgracia,  
*Quid pro quo* tan endiablado;  
Mas él, aunque lastimado,  
Sufriólo, y dijo: *¡qué gracial!*



Al verse aplaudida en coro  
Aun habiendo errado así,  
Montó sobre el Jabali  
La Mona, y le dijo al Toro:

— «Qué tal? ¿No estoy en mi acuerdo  
Al montar este Caballo?  
Solo una falta le hallo,  
Y es lo que tiene de Cerdo.

No obstante, venga un rejon,  
Y entre usted, si es usted hombre;  
Que no temo, por mi nombre,  
Ni á usted, ni al mismo Leon.»

Este, echándose á reir,  
Dice: «¡gracioso discurso!»,  
Y empieza todo el concurso  
Con nueva furia á aplaudir.

— «Pues aun falta lo mejor,  
Exclama entonces la Mona,  
Tendiendo la muy bribona  
Su mirada en derredor:

Ese Pavo me promete  
Correr bien, y esto sentado,

Voy á ser, si es de su agrado,  
Correo de Gabinete.»

Dice, y en el Pavo monta,  
Y añade: «bien! ¡qué meneo!  
¿Mas cómo he de ser correo  
Sin un látigo? ¡Qué tonta!

¡Ah, señor Zorro! ¿Porqué  
Vino sin su rabo aquí?  
¡Qué látigo pesiamí!  
Pero otro mejor tendré.

Esa Culebra que veo  
Enroscadita aquí bajo...  
¡Ay, qué látigo tan majo!  
Señores... ¡paso al Correo!»—

La Culebra, á tales fiestas  
No costumbrada jamás,  
Exclama: «¡voto á Caifás!  
Diciendo: «¡á mi con estas?»

Y da, intratable, fosca,  
Volviendo atrás la cerviz,  
Le hincó el diente en la nariz,  
Y en el cuello se le enrosca.



— *Socorro!* la Mona grita;  
Y alborotándose el corro,  
Le da en efecto socorro,  
Y la Culebra le quita.

El Gato, hasta allí callado,  
Dice á la Mona: «¿lo vé?»  
Pues si mí se acerca ustedé,  
Tambien la hubiera arañado.

*¿Asi se gasta una broma*  
*Con toda clase de gente,*  
*Sin saber primeramente*  
*De qué manera la toma?»*

— «En verdad, dice el Leon,  
Que habla bien ese tahir:  
Conque... Doña Mona, agur!  
Y no olvide la leccion.»

FABULA LXXXI.

EL LOCO Y EL PERRO.

Roncando un Perro estaba  
De su Dueña á los piés profundamente,  
Cuando un Loco truhan que le miraba  
Dormir tan lindamente,  
Una piedra cojió de enorme peso,  
Y sin decir al Can *allá va eso*,  
Se la dejó caer sobre la frente.

— «¡ Bárbaro! dijo el Ama  
Al ver escena tal: qué mal te hacia  
Ese pobre animal, por vida mia?» —

Y contestóle el Loco: «fué un capricho,  
Y una leccion tambien, tia estaferma:  
Conque..... lo dicho dicho:  
*El que tenga enemigos, que no duerma.*



FABULA LXXXII.

LOS TRES TROPEZONES.

Tropezó en una piedra  
Don Timoteo,  
Y luego Blas su hijo,  
Y Anton su nieto:

*Raro es que el hombre  
Los tropiezos evite  
De sus mayores.*

FABULA LXXXIII.

EL CIERVO Y EL PATO.

A MI MUY-ESTIMADO PAISANO Y AMIGO

DON VICENTE GUIMERA.

De improperios sin fin á un pobre Pato  
Un Buey llenando estaba,  
Y el Pato se callaba,  
Porque reñir con él, no le era grato.

— «¿Callas? le dijo un Ciervo: ¡mengua odiosa  
Que yo no sufriria!  
¿Temes por vida mia  
Su cornada ó su coz? ¡Valiente cosa!

Riña conmigo, pues asi comienza;  
Y aunque más que yo abulta,  
Verás si á mí me insulta  
Ese Buey sin crianza y sin vergüenza.» —

Oyendo aquesto el Animal cornudo,  
Enciéndese en coraje,



Y por vengar su ultraje,  
Al Ciervo embiste con furor sañudo.

Al primer envion , crée que le atrapa;  
Pero afan malogrado!  
El Ciervo endemoniado  
Corre mucho más que él , y se le escapa.

El Pato exclama: «con tu planta activa,  
Yo hiciera lo que hiciste:  
Pero en mi inercia triste  
¿Qué es lo que puedo hacer? Tragar saliva.»—

¡Cuántos hay que al ultraje y al maltrato  
No pueden , aunque acerbo,  
Contestar como el Ciervo,  
Y tienen que sufrirlo como el Pato!

FABULA LXXXIV.  
**EL LOBO, EL CORDERO Y LOS DOS POZALES.**

AL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN PRIM,

CONDE DE REUS,

MARQUÉS DE LOS CASTILLEJOS.

*Que tu espada es terrible en lucha fiera  
Cuando tu invicta mano la desnuda,  
Eso nadie lo duda,  
Ni podría dudarlo, aunque quisiera.  
Gloria y orgullo de la raza ibera  
Serás, MARQUÉS valiente,  
Mientras tenga valor la hispana gente;  
Y no sin causa arguyo  
Que si hoy dejára su ataud sombrío,  
Al ver tu siempre incontrastable brio,  
Te adoptaría el Cid por hijo suyo.  
¡Oh! qué de gloria y de renombre eterno  
En herencia le aguarda al Huo tierno  
Que el Cielo en su piedad te ha concedido,  
Para mirarte en él reproducido*



*Con prez que hermosa en lontananza brilla!  
Dale en mi nombre un beso en la megilla,  
Y permíteme, PRIM, que á las lecciones  
Con que á ser virtuoso le dispones,  
Añada yo la de esta Fabulilla.*

*Mil veces el malvado,  
A la prudencia sordo,  
Fraguando el mal ageno,  
Suele labrar el propio. —*

*Paciendo un Corderillo  
Estaba junto á un Pozo,  
Su garrucha y pozales  
No sin mirar ansioso.*

*Era que sed tenia,  
Y esperaba que pronto,  
Agua sacando alguno,  
De ella le diese un poco.*

*Volvió en esto la vista,  
Y con pavor y asombro,  
Hallóse á cuatro pasos  
De un sanguinario Lobo.*

*Al contemplar su apuro,  
Prefiere ahogarse y todo  
A verse entre las garras  
De su enemigo odioso.*

*Da, pues, un fuerte salto  
Del agua á lo más hondo;  
Mas de los dos pozales  
En uno halla socorro.*

*Cae sobre él en efecto,  
Y en el instante, á plomo,  
En un pozal bajando,  
Hace subir el otro.*

*El Lobo, que esto mira,  
Exclama: «tonto, tonto!  
Otro pozal me queda!  
No has de bajar tú solo.—*

*Dice, y pega otro salto  
Con ímpetu furioso,  
Y en el pozal vacante  
Desciende fiero y torvo.*

*En tanto el otro sube  
Como si fuera un corcho,*



Y una vez salvo arriba,  
Deja el Cordero el Pozo.

— «Ay de mí! dice entonces,  
Agua hasta el cuello, el Lobo:  
Merendármelo quise,  
Y le salvé yo propio.»

— «Así en efecto ha sido,  
Contesta arriba el otro;  
Que á veces el malvado  
No puede serlo en todo.»

*Juicios de Dios son estos:*  
*Gracias, agur, buen mozo!*  
*Y aprenda en su desastre*  
*Quien hace mal al prójimo.»*

FABULA LXXXV.

LA BUENA MOZA.

Si la Historia no miente como Judas,  
Era Doña Leonor la mejor Moza  
Que habia en Zaragoza,  
Y eso que allí las hay morrocotudas:  
Pero se fué despues, segun es fama,  
A los baños de Alhama,  
Donde acudieron Mozas á porfia  
De tanta gentileza y gallardía,  
Que la Leonor, primera en Zaragoza,  
Fué allí la peor Moza  
De cuantas Mozas en Alhama habia.

— «¡Ay! exclamó su amante pensativo:  
*Yo creia en mi amada hallar por fruto*  
*Una vez á lo menos lo absoluto,*  
*¡Y me hallo con que todo es relativo!»*



FABULA LXXXVI.

HORAS ELÁSTICAS.

De sesenta minutos  
Consta la Hora,  
Y unas veces es larga,  
Y otras es corta:

*Quien no lo crea,  
Tenga un día de goces,  
Y otro de penas.*

FABULA LXXXVII.

EL RAPOSO MÉDICO.

Fama ilustre tenia entre las fieras  
Cierta Raposo, Médico ilustrado,  
Curandero notable en alto grado  
De todas las sorderas y cojeras.

Un Leon, sordo ya de puro gordo,  
Llamóle, al verse cojo por travieso;  
Y hallóse con que el Médico, aunque tieso,  
Cojeaba más que él, y era más sordo.

— «Pues tiene la empanada buen repulgo!  
Dice el Leon al Zorro: ¿cómo ó dónde  
Conquistaste tu fama?» — Y él responde:  
«*Qué quiere usted, Señor! ¡Cosas del vulgo!*»